

Homilía P. Saverio Cannistrà. Profesiones solemnes, Manila, 5.11.16

¿Qué puede decir el Padre General a estos jóvenes, que están a punto de hacer su profesión solemne en nuestra familia religiosa? En la tradición de los Padres del desierto, a menudo aparece la figura de un joven que pregunta al anciano: Padre ¡Dime una palabra! El joven no pide una palabra teórica, llena de doctrina teológica, ni tampoco una palabra fascinante, que suscite dulces emociones, sino una palabra sólida, fundada en la experiencia, que viene de la vida y a ella toca. Estas son las palabras que educan y forman, porque nos enseñan a no tener miedo a las dificultades, a no ceder a las tentaciones, a no enorgullecernos cuando llegan los éxitos fáciles. Son palabras que, cuando llegamos a comprenderlas y las asimilamos en profundidad, nos llenan de esos sentimientos de los cuales habla la segunda lectura que acabamos de escuchar: “compasión, amabilidad, humildad, mansedumbre y paciencia”.

Necesitamos palabras de este tipo no solo cuando somos jóvenes, sino durante toda nuestra vida. El profeta Elías, en el momento de su vida narrado en la primera lectura, no es ya joven: ha hecho un largo camino. Sin embargo, necesita una palabra que le dé valor, que le permita reemprender el camino, porque se siente cansado, desilusionado de los otros, pero sobre todo de sí mismo y entonces exclama: “¡Señor, ya he tenido suficiente. Toma mi vida!” Ni siquiera él, el mítico Elías, el profeta de fuego, es capaz de cumplir la misión que Dios le ha confiado sin una ayuda que viene de fuera, la del ángel del Señor que lo invita a levantarse, a comer y a beber, ya que “el viaje es demasiado largo para ti”.

¡Qué hermosa y verdadera es esta palabra que la Escritura nos ha dicho hoy a todos, pero en un modo particular a vosotros, que hoy escogéis recorrer el camino de Elías, que conduce al monte de Dios, al lugar en el cual nos encontramos cara a cara con el Señor!

A este lugar se accede solo pasando a través del descubrimiento de nuestra debilidad, de nuestra incapacidad y de la necesidad que tenemos de la ayuda del otro, de la misericordia de Dios y del hermano. Si pasamos a través de la experiencia de la fragilidad y de la impotencia, entonces podemos conocer también la verdad de Dios, que es completamente distinta a las imágenes convencionales de Dios a las cuales nos hemos acostumbrado. A menudo estas imágenes son solamente ídolos, que reflejan nuestros miedos o nuestras necesidades. Pero Dios no es eso: Dios es amor y por ello su modo de manifestarse es “un leve y silencioso sonido”, según la expresión original del texto bíblico ¿Qué quiere decir que Dios está en el silencio? Quiere decir que no puedo encontrarlo fuera de mí, fuera de mi propia historia, fuera de mi pobreza. Dios me fuerza a volver dentro, a la profundidad de mí mismo, donde él habita y donde me conoce y me acoge en mi pobreza.

Quizás es esta la única palabra que puedo decir a estos hermanos: dejad que Dios os hable en el silencio, desde la profundidad de vosotros mismos y de vuestra verdad, que es siempre una verdad pobre y pecadora. Es esto lo que Jesús nos ha pedido en el Evangelio que habéis escogido para esta celebración: “Permaneced en mí, como yo permanezco en vosotros”. Sé que, convirtiéndoos en frailes y después sacerdotes, se os pedirá que hagáis muchas cosas al servicio de los otros, de la Iglesia, del mundo. Pero lo que importa es que esos trabajos los cumpláis no desde vosotros mismos, sino con la fuerza que procede de Aquél que habita en vosotros. El Señor quiere sin duda que nosotros “demostramos mucho fruto”, pero no nuestro fruto, sino el suyo, el fruto de la única vida de la que nosotros somos simples sarmientos.

Cuando Jesús dice que el padre poda los sarmientos que dan fruto, para que den todavía más, probablemente se refiere a un camino en el cual nosotros disminuimos, vamos siendo cada vez más pequeños, mientras la obra y el Reino de Dios van creciendo en nosotros. No somos llamados simplemente a dar fruto, es decir, a ser eficientes según la lógica del mundo, sino a dar “mucho fruto”, el fruto abundante en exceso, que no puede venir más que de la fuerza del amor de Dios en nosotros y no de nosotros mismos.

Hacer los votos de castidad, pobreza y obediencia no es otra cosa que esta: poner la propia persona en las manos del Padre como ha hecho Jesús, hacer de ella el sarmiento de una vida más grande, ya que no puede ni quiere vivir por sí mismo. Pidamos para que el Espíritu Santo os transforme cada día en imagen del Hijo que todo espera y recibe del Padre. Amen.